PARTE TERCERA.

EL PADRE.

I.

Cecilia á Valentina.

París, Noviembre de 18...

Desde que soy madre, mi querida hermana, me hallo tan dichosa, que hasta me parece se ha ensanchado el mundo para mí: ¡mi hija! ¡Qué dulce palabra! Es como una gota de miel que ha caido sobre todas las amarguras de mi vida, como un rayo de sol que alumbra las densas tinieblas de mi destino.

Amelia, con tener solo cuatro meses, me hace la más dulce compañía: cuando las penas que su padre me causa me agobian demasiado, me siento al lado de su cuna, la veo dormir ó sonreirse despierta, y desciende á mi corazon dolorido una paz inefable.

Roberto se ha vuelto casi intratable: duro, celoso é indiferente á la vez, irascible, devorado de ambicion, no hallo á su lado ni compañía, ni descanso moral: azotada como estaba ya por todas las desventuras de la vida, estos dos años

de matrimonio han acabado con mis fuerzas; pero Dios, supremo consolador de los desamparados, ha llegado en mi socorro, y me ha enviado á mi hija.

El nacimiento de Amelia no ha alegrado el alma sombría de su padre: apenas le ha dado algun beso desde que ha venido al mundo: alguna vez que me he atrevido á reprocharle su frialdad, me ha contestado duramente:

—Yo deseaba un varon.

¡Ah! qué torpe excusa de su insensibilidad! ¿Acaso los hijos tienen ó deben tener sexo para sus padres? Un hijo es una bendicion del cielo, y solo puede mirársele bajo la forma de un angel.

Está visto, mi querida Valentina: el alma de mi marido se ha cerrado para mí: mas, ¿por qué causa? Vagamente lo adivino, aunque no me lo explique con toda claridad: aún no tengo veintidos años, y muchos de los tristes misterios de la vida, son desconocidos para mí: acaso hay en mi carácter una rectitud y una entereza que son repulsivas á Roberto: acaso deberia ser más alegre ó más sufrida; acaso deberia saber fingir mejor: pero el carácter duro y helado de mi marido me ofende, hiere mi orgullo, y hasta me hace creer algunas veces que sostiene relaciones ilícitas con otra mujer.

Mi vida no puede ser más triste: como yo tengo pocos recursos para la conversacion, Roberto, que es tambien reservado por naturaleza, callaba, y nos pasábamos muy frecuentemente toda la velada en un teatro, sin decir ni uno ni otro una sola palabra: él, mal dispuesto para la diversion, bostezaba y dirigia los gemelos á todos las mujeres jóvenes y elegantes que habia en la sala: yo, resentida con su indiferencia y su silencio, me iba poniendo cada vez más séria: al llegar á casa, cada uno se dirigia á su cuarto, sin otra despedida que un seco: —"Buenas noches!"

Ahora se va solo, y yo me hallo en casa mucho mejor que con él: leo, bordo, miro á mi hija dormida en su cuna, y esto es para mí la mayor de las delicias.

Dicen que hay algunas mujeres desgraciadas con sus esposos, que perdonan á éstos por amor de sus hijos: yo no; tenia el corazon sediento de ternura cuando me casé con tu hermano, y le hubiera adorado con poco que lo hubiera merecido: ahora este corazon está yerto para todos los hombres, y sobre todo para él: esto es muy triste á los veintidos años, ¿no es verdad, Valentina? ¡Qué larga vida solitaria y triste se despliega ante mis ojos!

No debimos jamás haber unido nuestros destinos tu hermano y yo: no nos conveníamos; y creo que en la mayor parte de los matrimonios sucede lo mismo: antes de casarse dos personas debian tratarse íntimamente, conocerse, *poseerse*, por decirlo así, de una manera intelectual:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

la libertad de tratarse, la intimidad más completa debia acordarse á las personas que han de unirse para siempre, y en esto ganaria mucho la moralidad del matrimonio: nosotros nos hallamos ya separados moralmente por una distancia más grande que si viviéramos á dos mil leguas el uno del otro: tu hermano se engañó al pensar que él deseaba la calma y el sosiego, y que era tan viejo como es su edad: yo le aburro, Valentina, y no es extraño: penas muy graves echaron su sombra sobre mi infancia y la seriedad de mi carácter es más verdadera que la del suyo: me he convencido de que nada hay tan aburrido para el hombre como la mujer virtuosa, que tiene derecho á todas las consideraciones y á todos los respetos.

Sentada al lado de la cuna de Amelia, ó teniéndola en mis brazos, paso mis horas solitarias, y algunas veces me parece que soy como un reproche vivo y elocuente de la vida desarreglada que lleva Roberto: cuando se levanta, ya me halla cosiendo ó bordando, porque sale muy tarde de su cuarto, y yo tengo ya arreglada toda la casa: despues que almuerza, y á eso de las tres de la tarde, sale de casa con pretexto de sus negocios, y ya no vuelve hasta las siete, que es la hora de la comida: muchos dias come en uno de sus clubs, porque es socio de cuatro ó cinco, lo que sea dicho de paso, le hace gastar cada mes una enorme suma: le he hecho presente que el hombre que tiene hijos no debe gastar así su dinero, y que eso era bueno para cuando estaba soltero: pero me contestó muy friamente estas ó parecidas palabras:

—Mi querida Cecilia, así como yo no me cuido de los asuntos domésticos, te agradeceré mucho que no te ocupes tú de lo que yo hago, ni en qué me ocupo, ni en qué gasto el dinero: ahórrate pesares y cavilaciones inútiles, *porque lo que yo crea conveniente, lo he de hacer.*

Esta respuesta dura y helada me ofendió mucho, Valentina: ¿la merecia la simple observacion que le hice? Creo que no, y temo que tu hermano me tome antipatía por el solo hecho de ser mejor que él.

Algunas veces le veo vestirse con cuidado, atusarse el cabello delante del espejo, perfumar su barba negra y fina, y me digo que un hombre á los cuarenta y dos años no es aun viejo, y que puesto que de mí hace tan poco caso, es probable que tenga alguna otra afeccion que le entretenga ó preocupe: y si es así, ¿qué remedio? Toda la culpa de las penas que le produzca su devaneo será suya: ni en mi conciencia de cristiana, ni en mi conciencia moral hallo la sombra de una culpa: yo no soy como era Mariana, irascible ó material: soy pacífica, dócil á la voluntad de mi marido, amo lo bello y cuido de mi persona: aunque te parezca algo vanidosa, Valentina, te diré que comparada

con otras mujeres, me encuentro irreprensible: en mi casa, todo está arreglado con un órden perfecto: todo marcha con una precision mecánica; de modo que si mi marido está disgustado de lo que le rodea, es efecto de su perversion moral, de lo gastado de su corazon, de lo helado y egoista de su carácter; y así la idea de su probable infidelidad me preocupa muy poco, hallándome yo limpia de toda mancha.

¿Quién sabe si yo tambien podré parecer bonita á alguno? Los espejos me dicen que lo soy, y ¡aun no tengo veintidos años!

CECILIA.

II.

Roberto á Diego.

París, Noviembre de 18...

No hay nada en el mundo tan molesto como una mujer perfecta: no te quejes de la tuya: con todos los vacíos de su carácter, vacíos que hallas, y con razon, imposibles de llenar, es preferible Mariana á esta jóven sentimental y rígida que me ha tocado en suerte: toda la sumision, toda la humildad de que tenia que hacer uso en la casa de sus padres, se ha convertido en la suya—que desgraciadamente es la mia tambien—en una frialdad, en una reserva, en un aire altivo y triste que me dan mucho en qué

pensar, porque me parece que Cecilia me tolera solo por deber, pero muy en contra de su voluntad.

Uno de mis graves motivos de descontento es el empeño de mi mujer en medirme el tiempo que he de dedicar á mi hija: cualquiera diria que esta niña es de su exclusiva propiedad: quiere ordenar su sueño, sus lloros y hasta sus sonrisas; me cuenta los besos que le doy, y dice que á los niños se les debe educar desde la cuna: la acuesta y la levanta á horas fijas; y si este método sigue, la pobre niña perderá toda espansion de carácter y se hará pusilánime ó hipócrita para no enojar á su madre.

En fin, Diego, yo estoy disgustado de mi mujer, de mí mismo, y tambien de Valentina, que me aconsejó este matrimonio, é influyó cuanto le fué posible para que se verificase: verdad es que para ello no le llevó otro objeto que mi felicidad: calculó acerca del carácter de Cecilia por las circunstancias que la rodeaban, por el marco triste que le formaba su familia desunida, por la conformidad y fortaleza de espíritu de que daba pruebas; pero todo aquello desapareció, desde que en vez del deber de obedecer, adquirió el derecho de mandar: sus defectos, comprimidos, han aparecido hoy, y de ellos han nacido otros, que acaso antes oscurecian aun las relevantes dotes del corazon de Cecilia, que es esencialmente bueno y generoso.

Porque lo que mi mujer tiene de malo, es el carácter: comprimido durante toda su vida, es hoy dominante, y solo está contenta con la perfeccion de cuantos la rodean: y este anhelo de mejoramiento, hace que sea intolerante, y que siempre tenga un aire de víctima, muy antipático á mis ojos, porque no me gusta ser tirano de nadie, y ménos de una débil mujer.

El aislamiento en que ha vivido, ha sido nocivo para la pobre Cecilia: no son buenas para la imaginacion de la mujer largas horas de dolor y de soledad: cohibida, silenciosa, parece siempre herida de una misantropía que solo visita á los hombres en su edad madura.

Para ver si se anima y se distrae, he traido á su lado á su pequeña hermana Lola, que aun no cuenta diez años, y á la que ella ama tiernamente: es la más jóven de todos sus hermanos, y ya vino al mundo cuando sus padres, habiendo llegado por las penas de la vida á una vejez anticipada, no esperaban más hijos. Lolita ha sido, pues, el ídolo de la familia, el ángel que ha disipado todas las sombras que envolvian á los suyos: por no dar mal ejemplo á esta niña, se contenian todas las disensiones, y cada uno procuraba aparecer bajo el mejor aspecto posible: tan cierto es que nada hay á la par tan imponente y tan amable como la inocencia.

A esta hermanita, graciosa y pura como una bella y perfumada flor de Mayo, la quiere Cecilia en extremo; pero si mi mujer se halla mejor con tan risueña compañía, en cambio la niña se entristece á ojos vistos con el anhelo de perfeccion que devora á su hermana: ésta riñe á Lola por las cosas más leves; y si no la riñe, le muestra un semblante adusto y contrariado á la menor falta que comete: de lo que resulta que el carácter alegre y expansivo de Lola, se va convirtiendo en tétrico y silencioso.

Recuerdo ahora los consejos de nuestra hermana Valentina, y los recuerdo con amargura: cuando traté de casarme, ella fué la que eligió por mí: tenia yo tal fe en nuestra hermana, que el haberla perdido es otra de las grandes desgracias de mi vida; yo creia imposible que Valentina se equivocase, y ahora veo que se ha equivocado de una manera deplorable, engañada ella misma por el culto ferviente que siempre ha rendido á la virtud.

Cecilia le pareció el conjunto de todas las perfecciones humanas: lo que yo sentia por esta jóven, hoy fatalmente ligada á mi vida por un lazo indisoluble, era solamente una afectuosa simpatía. Valentina se empeñó en que era amor: comparaba las dos mujeres que podia elegir, y me decia:

—Serias muy desgraciado si te casaras con un maniquí, por muy bonito que fuera, y por muy dóciles que tuviera los resortes.

¡Ay, se referia entonces á una mujer que

pasó por mi vida como una aparicion encantadora, y á la que miro hoy con profundo dolor próxima á ser la esposa de otro! ¡Cómo nos engañamos Valentina y yo! ¡Qué diferencia entre el carácter grave y cási austero de Cecilia, y las gracias peregrinas de Cármen! ¡Qué alegría esparce en derredor suyo! ¡Qué elegancia y qué belleza las suyas! La madre de Cármen es más jóven que Cecilia por sus gustos, por la alegría de su carácter y por lo expansivo de sus maneras.

Cármen que parece la más jóven de las gracias, se casa dentro de algunos dias con un hombre que puede ser su padre, y se casa contenta. ¡Ah, por qué creí los temores de Valentina acerca de la extrema juventud de la que tan ciegamente me enamoraba! ¡Paréceme ahora cuando la veo el último reflejo de mi perdida juventud! Cuando cansado de la aridez de mi casa, de su tétrico silencio, del ambiente monástico que en ella se respira, voy á casa de los padres de Cármen, lo primero que oigo al abrir la puerta son los ecos armoniosos del piano, y á veces la voz deliciosa de Cármen, que canta una melodía italiana: entonces mi pensamiento se vuelve desolado hácia mi casa, y veo á Cecilia leyendo algun libro piadoso, ó bordando silenciosa y muda.

¡Gran Dios! ¿Cuál va á ser la infancia de mi hija al lado de esta madre rígida y triste?

¿Qué expansion adquirirá el carácter de mi pobre Amelia? ¡Al verla dormir en la cuna, es tanta la compasion que me causa, que desearia verla muerta en su blanca camita, antes que verla entrar en la vida bajo tan tristes auspicios!

Diego, toda la fortaleza de mi carácter me ha abandonado: vuelvo á sentirme agobiado por el cansancio de la vida; pero mucho más cansado que antes, porque ya me alienta una esperanza ménos, y porque ya se ha apagado en mi alma una de mis ilusiones más risueñas. Valentina, en quien yo tenia tanta fe, ha descendido para mí al nivel de una mujer vulgar: de su equivocacion ha nacido para mí una irreparable desventura: muy vulgarmente ha juzgado la cuestion más séria de la vida de tu desgraciado hermano

ROBERTO.

III.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Diciembre de 18...

Mucho pesar me ha causado tu carta, mi querida hermana: contra todo lo que yo esperaba, eres infeliz al lado de Roberto, y él debe ser tambien desventurado! ¡qué poca cosa es la prevision humana, y qué poco vale ante los som-

bríos misterios y las rudas pruebas de la existencia!

Convéncete, Cecilia, de una verdad muy dura, y que hace largo tiempo tengo yo aprendida: y es que toda la dicha doméstica depende de la mujer—aunque parezca lo contrario—y que ésta debe sostener con sus débiles manos, lo que el hombre no puede ó no quiere sustentar con sus fuerzas, tan alabadas, y de las que está tan envanecido: el edificio de la paz conyugal.

Ante todo y sobre todo, mi pobre hermana, no quieras—aunque lo seas—pasar por perfecta: no hay nada que más asuste al hombre, que una virtud rígida: porque él es debilísimo, y no puede soportar la perfeccion ajena en nadie: pero ménos en su mujer, á la que gusta de creer muy inferior á él.

Para el carácter orgulloso de Roberto, tu gravedad, la austeridad de tus costumbres, la severidad de tu lenguaje, son otras tantas acusaciones: amigo él de dominar, admirado, adulado por todos, creo que ve en tí un juez implacable, un censor terrible de todas sus acciones, una persona que le tiene en bajo concepto, y que le dice con su grave silencio:

—No vales nada para mí... ni para los demás que valen algo.

¡Ay Cecilia! ¡forzoso es confesarlo! los hombres toleran á una mujer superior, solo á condicion de que ponga á su servicio todas las grandes cualidades que la adornan; de no utilizar la superioridad de la mujer en beneficio propio, no se la perdonan jamás; y aun así, si se la perdonan, porque les es necesaria, jamás hablan de ella: jamás ensalzan á la mujer que vale, y gracias que no la denigren llevados de una miserable envidia, que pesa en ellos más que el agradecimiento.

He visto á un hombre que pasaba por tener mucho talento: este hombre daba en el Ateneo conferencias acerca de la literatura contemporánea: pero demasiado frívolo y perezoso para ocuparse de lecturas sérias y continuadas, daba á su mujer los libros de que pensaba tratar, ordenándola que los leyese atentamente: obedecia la esposa: narraba despues á su marido la historia encerrada en el libro: añadia su propio dictámen ó juicio, que era notable, como nacido de un gran talento: y el marido, en vista de la narracion que le hacian de la obra y del criterio con que la habia juzgado su mujer, escribia la conferencia, que pasaba por brillante, y que lo hubiera parecido mucho más, si se hubiera sabido que se debia en su mayor parte al ingenio de una mujer.

Pero no se supo jamás, porque el marido se guardó muy bien de decirlo, pasando siempre por un hombre de talento, gracias á su mujer, y siendo él un tonto de solemnidad.

¿Podria estimar esta mujer á su marido al verle aprovechar con tan poca delicadeza una inteligencia que no era suya, y que se apropiaba con tanta indignidad? Seguramente que no, Cecilia: seguramente le despreciaba en el fondo de su alma, y con desprecio, no hay amor posible: seguramente, la primera persona engañada acerca del talento de aquel hombre, fué su pobre esposa: sus ilusiones debieron caer por tierra el primer dia de su matrimonio: pero ¿qué hacer ya? ¿dar parte á los extraños de su desgracia? ¿confesarse engañada, y confesar á la vez la estupidez vanidosa del que habia elegido para compañero de su hogar? ¿darse en pasto, y darle á él al menosprecio de las gentes, y al regocijo de los envidiosos? ¿y esto despues de haber partido el mismo lecho, despues de haber dado á la union de la Iglesia todos sus sagrados derechos? ¡Oh, Cecilia! eso no lo podia hacer aquella mujer, demasiado altiva, demasiado grande y generosa, para difamar y empequeñecer al que habia hecho su dueño para toda su vida!

La necedad del marido fué siendo cada dia más visible, y por consecuencia cada dia fué más doloroso el sacrificio de la esposa; pero el primer hijo le sirvió de consuelo, y fué el intercesor del imbécil padre: despues vinieron otros, y la cadena de la pobre esposa quedó soldada para siempre, por su deber y por su voluntad: porque aunque se desprecia sin remordimiento á un marido indigno, el corazon de la madre es siempre indulgente para el padre de sus hijos!

¡Ay Cecilia! Si conocieras la gran suma de dolores humanos que hay sembrados para la mujer en la superficie de la tierra, no te quejarias de los tuyos, que son bien ligeros todavía! Al fin estás casada con un hombre superior, y esta superioridad, ha de manifestarse todos los dias, á todas horas; el diamante, cuanto más se usa, presenta más bellas luces: ¿pero qué pasará en el corazon de aquella que, despues de *haberse dado* á un esposo, tiene á la vez que retirarle la posesion de su alma, y dejarle la de su cuerpo? A la persuasion de que en los sentimientos no se puede mandar, se une la conviccion amarguísima de que los derechos del esposo son indiscutibles, y de que si su carácter no es generoso, pueden llegar hasta la barbarie, y hasta la fuerza brutal.

¿No piensas tambien en el terror con que mirará la mujer colocada en estas circunstancias, el que los hijos se parezcan al padre? ¿No reflexionas en el ímprobo trabajo que deberá tomarse para educar esos corazones, para elevar esas inteligencias? Pues compárate con las mil desdichadas condenadas á tan infausta suerte, y bendecirás la tuya como muy feliz.

Porque tú, Cecilia, solo te fijas en las som-

bras negras del cuadro de tu vida, y no quieres ver los puntos luminosos: piensa que con un hombre de la valía de mi hermano, ningun esfuerzo de tu corazon y de tu inteligencia será perdido: piensa en que Roberto es incapaz de envidiar ó de utilizar bajamente tu inteligencia, y en que lejos de eso, es el primero en reconocerla, y será el primero en adorarla, el dia en que la adornes y suavices con un poco de dulzura: perdónale sus flaquezas, sus displicencias, su silencio, su falta de expansion: al hombre hay que amarle; porque si no, es facilísimo despreciarle: el amor encubre todos los defectos, y por tu propio interés debes fijarte en sus altas cualidades, y no en la gran suma de debilidades que oscurecen aquellas.

Las desgracias, el dolor que desde la cuna te han rodeado, te han amargado el carácter, y quizá tambien el corazon, mi pobre Cecilia; procura curarte, y ten entendido que sola tú puedes lograrlo con la ayuda del Supremo Médico: con la ayuda del Padre Celestial, al que puedes abrir sin temor los pliegues más recónditos de tu alma dolorida, y amurallada por el orgullo.

Esta misma amargura te hace ver la situacion conyugal, con respecto á tu hija, de una manera que me asusta: no es asunto de tanta importancia para tratarlo al fin de esta carta: será el objeto de otra: pero entretanto, sabe, Cecilia, que tu actitud respecto de mi hermano, que tu empeño en privarle del cariño de su hija, es culpable, y puede traerte la desgracia de toda la vida, para tí, y para ese tierno sér que amas con tanta pasion como imprudente ceguedad: recibe esta dura advertencia, con un tierno abrazo de tu hermana

VALENTINA.

IV.

Valentina á Roberto.

Madrid, Diciembre de 18...

Mucho peligro corre la dicha de tu vida si no varías de línea de conducta, mi pobre hermano: la felicidad es un ave de exquisita belleza, que rara vez se aproxima á nosotros: cuando lo hace, hay que acariciarla, abrirle las puertas del alma, y ofrecerle en ella un tibio y amoroso nido.

Tienes la triste habilidad de labrar tu propia desventura: sí; á pesar del gesto irritado que te veo poner al leer lo que antecede, te lo repito, estás labrando tu propia desventura, y cuando quieras buscar el remedio á tu mal, seguramente no podrás hallarle.

Yo creí que, dadas las condiciones de Cecilia y las tuyas, podríais tener una union dichosa: pero tú, en vez de hacerla mejor, en vez de elevarla hasta tí, te enojas como los niños,

te dejas llevar de tu displicencia habitual, y la abandonas en el camino de la vida á sus propias fuerzas.

Y si solo fueras culpable de los delitos de egoismo é indiferencia, aún sabria y podria yo disculparte: pero eres además infiel á la fe conyugal, cosa que aún ignora Cecilia, y que si llega á saberla, le hará romper para siempre los lazos que la unen á tí.

¿Por qué tendré yo la desgracia de saber sin quererlo todos tus extravíos? El que ahora te ocupa, no tiene excusa: ¿y sabes por quién lo sé? Por Cármen, que herida en lo más vivo de su corazon, me escribe una carta llena de lágrimas y de dolor.

«Yo sé, señora—me dice—que es Vd. el ángel bueno de su familia, y á Vd. me dirijo para que con su influencia aparte á su hermano de la funesta vía que ha elegido: yo debí casarme con Roberto, y aunque me dobla la edad, me hubiera tenido por dichosa: pero él prefirió la esposa que hoy tiene, y cansado de lo que debia constituir su dicha, ha emprendido un juego muy triste con mi madre.

»Verdad es que hace algunos meses empezó á insinuarse conmigo: las muchachas que como yo pasan su vida en los salones, teatros y paseos; las que tenemos un carácter ligero y alegre, parecemos presa fácil á todos los hombres de mundo, á todos los elegantes que han inclinado el cuello al yugo del matrimonio, para tener un hogar donde hallar el reposo que desean: pero yo, señora, ni soy tan superficial como me creen, ni me estimo en tan poco que dé oidos al hombre que me desdeñó por otra, despues de estar este hombre casado. Quizá para darme enojos, Roberto empezó sus coqueterías con mi madre... ésta es aún jóven, hermosa, elegante, una de las reinas de la moda, en fin.

»¿Cómo acabará esto? ¡No lo sé! ¿Cuándo acabará? ¡Quizá nunca! Casada mi madre y casado tambien el causante de su falta, en el interés de ambos está el tener sus relaciones en el más profundo secreto: mi excelente padre, es confiado, bueno, ama con pasion á su familia, y juzga por la suya la lealtad de los demás: mi corazon se destroza al ver de qué manera tan inícua le venden, y odio ya á mi madre, casi tanto como á su hermano de Vd...

»¡Ah! Qué triste cosa es el tener una madre jóven, llena de pretensiones y de ilusiones! Si yo tuviera una madre anciana, piadosa, completamente dedicada á su familia y á sus devociones, no tendria la horrible pena de ver cómo se juega con la honra de mi padre... pero éste se casó ya de edad madura con una niña, que hoy es una mujer jóven y encantadora, cuando él es un anciano.

»Sin embargo, debo advertírselo á Vd., señora: si este anciano se apercibe de su ultraje,

los dos culpables caerán á los golpes de su venganza.

»Termino esta carta, porque estoy como loca de dolor, de vergüenza, de desesperacion, ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Esta es la carta que Cármen, tu antigua prometida, me escribe: cansado de la dulce monotonía que el carácter grave y la virtud inmaculada de tu esposa imprimen á tu casa, has buscado una peligrosa diversion, Roberto: ya sé que esa mujer culpable, que esa madre coqueta, es una Circe suductora, que une á su imaginacion brillante, una gran costumbre de mundo, y que es como una pimienta inglesa, que necesita tu gastado paladar moral: sé que el fruto prohibido ha sido y será siempre el más sabroso para el hombre, y sé, además de todo esto, otra cosa muy triste: que no es todavía el reposo lo que te hace falta, sino las agitaciones del libertino que ha llegado al último refinamiento del gusto más delicado.

Sofía es por su parte una coqueta consumada: sabe vestirse, peinarse, hablar, reir y llorar como nadie: sus gestos estudiados y graciosos han vuelto el seso á muchos hombres, pero ella no ha hecho caso á ninguno: hasta ahora era plaza inexpugnable, y eran precisos todos tus méritos para hacerla perder la cabeza.

Ahora pienso en que acaso dejaste de casarte con su hija, porque más que de ésta te

sentias enamorado de Sofía: y creo tambien que ésta procuró hacer tu conquista desde el primer dia que te vió.

El mundo halla lógicos los amores de una gran coqueta y de un libertino consumado: á mí me parece que forman una union monstruosa, reprobada por todas las leyes divinas y humanas, porque son dos impostores que se engañan mútuamente, y que buscan, no las divinas satisfacciones del alma, sino las viles de la materia.

Temo, Roberto, que la novela de tu vida acabe de una manera trágica. ¡En muy tenebrosos espacios te has metido! Las más sombrías pasiones te cercan, y te acechan como una presa régia y digna de ser devorada: el rayo no hiere al humilde arbusto, sino á las más elevadas y robustas encinas del valle... el rayo va á caer sobre tí.

Mi corazon se indigna de que no tengas fortaleza para cumplir con tu deber, y lloro amargamente el haber contribuido con mis consejos á que te cases con Cecilia: ¿no piensas siquiera en tu hija? ¿Por qué fatalidad del destino, ese ángel inocente se halla ya sin padre al llegar á la vida? Porque en el corazon humano no caben dos amores verdaderos, por más que se diga, y esa fatal mujer, dejará el tuyo reducido á tal extremo, que solo quede lugar para la pasion que le dedicas á ella.

He sabido ayer, hablando con Mariana, que la madre de Cármen era su amiga de la infancia, y que desde que se separaron, están en activa correspondencia. ¡Qué triste presagio me parece este para la dicha de nuestro hermano Diego! Mientras Sofía ha estado dignamente en su puesto de esposa y de madre, su amistad no era peligrosa para Mariana; pero hoy... hoy pienso en que toda mujer mala anhela que lo sean las demás, y las pervierte si puede.

Diego y Mariana se van á establecer en Sevilla por dos ó tres años, á causa de los negocios comerciales que nuestro hermano tiene ahora en dicha ciudad; hasta que se establezcan, me quedo con su hija, que será para la mia una compañía muy grata.

Yo procuro alentar á Cecilia en el triste camino que va cruzando sola: cada dia su corazon está más lacerado y su carácter se vuelve más sombrío: si supiera lo que haces tú, no sobreviviria á su dolor, y entonces tendrias que acusarte de haber matado á la madre de tu hija.

Mi espíritu está abatido, mi valor desmaya: por do quiera veo lágrimas y dolor. Algunas veces me pregunto de qué me sirve la pureza de mi vida, cuando tanto me hacen sufrir culpas ajenas, aunque estas culpas sean las tuyas, á quien tanto quiero, á quien tanto estimaba!

VALENTINA.

V.

Lucía Montes á Luisa Vargas.

París, Diciembre de 18...

No has pensado sino la verdad al creer que soy casi dichosa, mi querida amiga: en medio de mi pobreza, de mi constante trabajo, de las amarguras que me causa el tener que complacer á tantas personas, á las que doy mis servicios en cambio de algun dinero, no puedo negar que mi corazon va recobrando la tranquilidad, y que mi conciencia me dice que soy buena y obro con rectitud y con decoro.

Es muy probable que cambie en breve la penosa tarea de dar lecciones sueltas, por la más fácil de segunda maestra de una pension de señoritas ó por la posicion de dama de compañía. Mamá prefiere lo segundo como más honorífico, y hasta más lucrativo: porque figúrate que una señora que me propone ir á su casa, me da 40 duros al mes, habitacion y mesa; y en la pension solo me ofrecen 25 duros y la comida de la tarde.

Sin embargo, y á pesar de la opinion de mi madre, basada sobre todo en el deseo de mi bienestar, yo prefiero ir al colegio de señoritas, pues despues de terminar mi obligacion, puedo ir á mi casa y acompañar á mi madre, ó salir